



## La vida y los libros

### Poesía romántica chilena

Más que un libro de historia o de costumbres, puede orientarnos en los cambios de la sensibilidad un libro de poemas del pasado. Si leemos con atención el reciente libro de José Promis Ojeda, titulado "Poesía romántica de Chile", publicado por Editorial Nascimento, 1975, 136 páginas, descubriremos, a pesar de que se trata de una selección bien cuidada, cuán distantes se encuentran aquellos poemas de nuestros gustos actuales.

El libro reúne más de una docena de poetas de nuestro último siglo. Concretamente, desde 1840 hasta finales de siglo. Comienza con Mercedes Marín del Solar, pasa por Eusebio Lillo, los dos Guillemos: Guillermo Matta y Guillermo Blest Gana, se cruza con Benjamín Vicuña Solar, Eduardo de la Barra y José Antonio Sofía, para terminar con Rodolfo Vergara. En su conjunto representa la constelación más notable nuestro siglo decimonónico.

Y sin embargo, a pesar de la responsabilidad y de la cultura de sus autores, de su entrega total y desinteresada a una de las formas más difíciles de la vida literaria, de su alta consideración de la misión del poeta, que "es una flor que crece en la soledad, que se arraiga en el dolor y se aroma en la verdad", como nos dirá Guillermo Matta, o que "su canto nos hace comprender que hay un Dios y hay un cielo", según Eusebio Lillo, a pesar de ello, decimos, sus poemas nos impresionan muy poco, nos parecen artificiales y falsos, llenos de lugares comunes y de elementos retóricos, de sentimientos obvios y de reflexiones que rocan, ligeramente, la raíz del problema existencial.

Podría preguntarse: ¿Por qué este desvío, este desdén por una poesía tan próxima a la nuestra? ¿Qué motiva este divorcio espiritual entre nuestro ayer —un siglo apenas— y nuestro presente? La respuesta se encuentra, seguramente, en la diferencia de clima cultural de "estilo de vida", de marcos en los cuales se han reunido los valores fundamentales que dan al ser su significación trascendente.

El romanticismo, como escuela literaria —no la actitud romántica como posición frente a la vida exaltando determinados ideales, el de Don Quijote como "desfacedor de enojos", "caballero andante" en busca de una Dulcinea imposible, por ejemplo—, asume la tremenda responsabilidad de colocar al poeta frente a un mundo de valores que significan un retorno a los sentimientos y a las ideas medievales. El entusiasmo, la caballe-

### POESÍA ROMÁNTICA CHILENA

JOSÉ PROMIS OJEDA



biblioteca popular nacimiento

rosidad, el sentimiento religioso más formal que profundo, la exaltación de la fantasía o del genio rebelde a cualquier regla o ley, el amor a lo sublime, la búsqueda de lo maravilloso perdido siempre entre vaguedades y horizontes somníbulos: alejan al poeta del sentido crítico, de la ponderación. Lo sumergen en un mundo donde la realidad está deliberadamente enmascarada porque es prosaica y es repelente. El término mismo que definiera el movimiento, procedente de la expresión "romance" lo sitúa entre lo pintoresco y el desdén por la forma y la armonía del arte clásico. Se opone a la cultura precedente, como ocurre con todo movimiento innovador a las ideas abstratas de la ilustración que habían desembocado, con la Revolución Francesa, en la victoria de las masas y el furor revolucionario por revolucionario.

Del choque entre el paternalismo filosófico y la dureza de la vida social, nació el escepticismo y el pesimismo. Se exaltó la primacía del sentimiento, que es individual, contra la razón, que es universal. El héroe, el valor individual y cósmico, el amor imposible, la constante discrepancia entre la realidad y el sueño, alejaron al poeta y lo encerraron en un mundo que aheraba ilusoriamente, los hechos del pasado, la nebulosa histórica. Surgió un desmesurado amor hacia lo vago, lo enfermizo, lo exótico, lo indefinido. En lugar de buscar los modelos en el presente, se volvió la mirada hacia la lejanía medieval y todo se impregnó de una vaga tristeza sin

VALPARAÍSO

EL MERCURIO. — Domingo 22 de junio de 1975. — 17

destino, de un infinito amor a la palabra por su sonoridad o su belleza.

Para nuestro tiempo que vio nacer y morir los deslumbrantes fuegos artificiales del modernismo, remecido por la musicalidad más honda, envuelto por un esteticismo sin fronteras, se abrió una fosa de incalculables proyecciones. Cuando se descubrió después, como reacción contra tanto malabarismo, la vida interior, rodeada de las sombras del subconsciente, con la gravitación que sobre la fuerza creadora ejerce un mundo que se encuentra más allá de la conciencia, la fosa aumentó-muchísimo más. ¿Cómo entender a los románticos que buscaban un mundo extralumno, misterioso, un mundo en que fermenta lo invisible, lo eterno y lo precario, en el cual el poeta vive extraño a cuanto existe, cantándole a la muerte y a la tumba?

El romanticismo desembocó en dos vertientes: una creyente, aristocrática, arcaica y restauradora, y otra escéptica, innovadora, revolucionaria. La primera pasó sin pena ni gloria. La otra se mantuvo en parte en el modernismo que apostrofó a Roosevelt y se recuerda que América aún tiene sangre indígena, aún reza a Jesucristo y aún habla en español y pasó, casi íntegra, en el alud surrealista deseoso de romper con todo su pasado inmediato. Las dos últimas guerras quebraron el encantamiento de la vida espiritual y el poeta, más que ningún otro ser, se sintió remecido, abandonó la temática de la luz y de la sombra, de la mujer misteriosa e inaccesible, vio crecer la soledad, y se refugió en el amor o en el compromiso social. Su conciencia le señalaba que no era un ser aparte, un pequeño Dios que vivía inmerso en una realidad que le golpeaba constantemente y se sintió solidario y deseoso de encontrar un camino por donde su sensibilidad se enlazara con la vida.

A veces se encerró en un mundo hermético, lleno de símbolos de difícil acceso. Otras veces descendió hacia la calle y recogió el lenguaje coloquial. Pero en todo caso supo que no son las palabras ni los temas los que hacen la verdadera poesía, que no basta nombrar repetidamente a las rosas o a los jasmínes para crear la belleza. Supo que la emoción debía ser auténtica y que la poesía no vivía ni en la narración ni en la descripción, ni en la anécdota ni en el sentimiento pueril. Supo que debía buscar, en su propia raíz, el aliento que le diera consistencia y valor. Quizá, para muchas personas nuestra poesía sea demasiado cerebral; ya no puede declamarse en las calles y plazas públicas. Perdió su tono imponente y declamatorio. Nuestros poetas no son laureados en vida y nembrados hijos predilectos de la ciudad, como antaño. La poesía se lee en voz baja o a media voz, no pretende transformar al mundo, ni el poeta tiene arranques mesiánicos. Pero con todo, sirve a la vida compartiendo al hombre en su soledad, compartiendo su amor por la belleza, llenándolo de auroras y de cascos.

Nedesto Parera.

**AUTORÍA**

M. C. G.

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1970

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Fernando Rivas Sánchez [artículo] M.C.G.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile